



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2012, Sebastián Pedrozo

© De esta edición:

2012, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay.

Teléfono: 2410 73 42

www.prisaediciones.com/uy

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720. C1001AAP Buenos Aires, Argentina.
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103, Rio de Janeiro, Brasil.
- Editora Objectiva
Estrada da Outurela 118, 2794-084 Carnaxide, Portugal

Ilustraciones: GERARDO FERNÁNDEZ SANTOS

Diseño de Colección: MANUEL ESTRADA

ISBN: 978-9974-67-643-8

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

Primera edición: setiembre de 2012, 1.000 ejemplares

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Terror en la ciudad

Sebastián Pedrozo

Ilustraciones de Gerardo Fernández Santos

ALFAGUARA



A Vicky, niña alta



El narrador y las leyendas de horror

Así que les gustan las historias de miedo. Muy bien, para eso nos encontramos aquí. Habrá relatos que les recordarán episodios de sus propias vidas, o lugares, rincones por los que han pasado. En cada esquina de la ciudad, en los paisajes más lejanos, por todas partes hay de estas historias.

Porque nos gusta lo que no entendemos, nos atrapa, nos estremece, nos llena de estupor y curiosidad.

Nadie sabe cómo funciona. Nadie puede explicar por qué el terror nos interesa, nos resulta fascinante. Basta con que un anciano se siente bajo un árbol a empezar su relato y todos corremos a su lado, a escuchar sobre lo que nos cuesta comprender.

He caminado por allí, por el lugar donde ocurre lo siniestro, donde nacen leyendas urbanas y de las otras, de las que tienen monstruos y gentes desconocidas.

Algo hemos aprendido desde la última vez. El miedo nos hipnotiza. No hay escapatoria.

Antes, una advertencia: ya nada será igual cuando este libro se cierre.

Tony Vedder



Sobre lo que se contará

Se ha escrito sobre personas que viven encerradas y que desaparecen. Así como así, de la nada, un día no están más. Nadie sabe de ellos, nadie los vuelve a ver. Pero las preguntas quedan. Las historias quedan.

Este relato me llegó a través de un joven. Lo crucé en una esquina, mientras caminaba con la mirada perdida.

Hay gente que solo se libera de sus miedos cuando los pone en palabras. Este es el caso de aquel muchacho que me contó la historia de las hermanas Díaz López y la incógnita de su extraña partida de la gran casa en la que habitaban.

Lo sucedido se volvió un murmullo extendido por los vecinos. Han pasado varios años desde el día en que supe los detalles. Ahora ya es una leyenda urbana, y nos pertenece.

Pues sí, el miedo es cosa seria. Quien no lo entienda quizás termine como una de las protagonistas, las desgraciadas hermanas que nadie volvió a ver.



Hermanas de sangre

Úrsula, la menor de las hermanas Díaz López, gustaba de hacer manualidades con papel de diario: rostros, casitas de papel o simplemente formas sin aparente significado. Roma, la mayor, leía largas horas sentada en un sofá, cerca de un ventanal que daba a un hermoso jardín de invierno. Su actividad favorita era fastidiar a su hermana y a todo el que se le acercaba.

El invierno hacía de sus vidas un desierto helado.

A pesar del verde con todos sus matices que se apoderaba de la casa, y de las tupidas enredaderas que trepaban por las paredes de ladrillo, aquel lugar era sombrío y tenebroso, por sobre todas las cosas.

Si uno se acercaba, sobre la tarde, cuando el sol ya casi no se filtraba por las ramas de los eucaliptos, más allá del muro y las rejas del frente, parecía adivinarse que en su interior, en cualquier momento, iba a suceder un espanto.

Después de que sucedieran los hechos que aquí se relatan, las personas comenzaron a esquivar el sendero de piedra que rodeaba la casa de las hermanas.

—Por acá no. Trae mala suerte —decían algunos—. Vayamos por otro camino.

Yo creo que era miedo, nada más y nada menos.

Bien, sigamos. Las niñas, Úrsula, pelirroja, la otra, Roma, rubia, siempre arregladas, con sus juegos de mesa impecables y muñecas intactas, limpias como la túnica de un doctor, pasaban la mayor parte del día solas, o más bien, al cuidado de una empleada que hacía las tareas del hogar y se limitaba a preguntarles si querían merendar o darse un baño.

—¿Las niñas desean café con leche o té con miel?

—Nada, retírese —soltaba Roma, la mayor, la más fría—. Si queremos algo la llamamos. No sea pesada.

Fue durante el mes de junio que recibieron la visita de un vecino, Julián, un chico alto y tímido, que se aburría por las tardes. No había mucho para hacer en aquel vecindario plagado de caserones y de jardines gigantescos.

Su madre lo había mandado a que preguntara por las niñas que vivían allí. Necesitaba distraerse, conocer a otros chicos, jugar.

—Pero no las conozco —había dicho Julián.

—Por eso: andá y presentate. Yo las vi caminar por el jardín. Son preciosas.

Las palabras de su madre no habían hecho otra cosa que ponerlo aún más nervioso, si esto era posible. A pesar de sus dudas y del temblor en las rodillas que le impedía caminar derecho, decidió ir.

Se aburría mucho, sobre todo los fines de semana. Julián era muy responsable, atento y dedicado. Le gustaba hacer las tareas ni bien salía de la escuela. Pero en su nuevo barrio eso no significaba otra cosa que llegar al domingo agotado, deseando que el lunes lo llevara de nuevo a la escuela.

Julián hizo el camino hasta la casa de las hermanas. Las piernas le pesaban, pero eso era mínimo comparado con ver pasar las horas, contar los segundos y pensar en nada, en nada, una y otra vez. ¿Qué tan malo podía ser conocer a alguien nuevo, después de todo?

Entonces tocó timbre. Esperó un par de minutos —interminables— hasta que la empleada de la casa salió a recibirlo.

La mujer, altísima, con un rostro serio y anguloso, escuchó su pedido («¿las niñas juegan?») sin mostrar expresión alguna. Cortésmente, le dijo que esperara. Y desapareció con elegancia y seguridad.

Un par de minutos después, le abrió el enorme portón metálico. A partir de ahí, Julián supo que las cosas no iban a estar como antes, nunca más.

Mientras caminaba por el largo pasillo, que desembocaba en una amplia habitación de piso de madera, Julián iba viendo unas horrorosas estatuas, tan altas como él.

—Son personajes de cuentos infantiles, mayormente. Debe saber que a las niñas Úrsula y Roma les gusta mucho leer, sobre todo a la niña Roma. Las estatuas fueron un regalo del señor Díaz López —comentó la mujer, sin detenerse.

Al visitante le parecían más bien figuras fantasmales y con expresión de horror en el rostro. La que más le llamó la atención fue la de un hombre que sostenía un hacha con ojos de loco.

—¿Y eso? —preguntó.

—Barba Azul —respondió la empleada.

Julián había escuchado aquel cuento de hadas. Ahora entendía el porqué de los ojos desorbitados del hombre, la mirada asesina. Era una historia de un

marido loco, que mataba a sus esposas. De eso hablaba el cuento, básicamente, y con eso bastaba. Era siniestro, no le gustaba nada de lo que estaba viendo.

—Espere por acá —señaló la mujer.

Julián asintió. Ya estaba arrepentido de haberle hecho caso a su madre. Demasiada vuelta para ir a jugar a la casa de alguien. ¿Acaso los niños no se encontraban en la calle, en las veredas, mientras compartían algo en común? «Esto no va a funcionar», se decía.

Y vaya si no funcionó.

Pasaron un par de minutos hasta que se escucharon pasos. Alguien caminaba por una habitación cercana, el piso crujía, parecía estar a punto de partirse. Luego, risas agudas. De niñas.

Un portazo. Entonces, apareció Úrsula con sus bucles pelirrojos sobre los hombros delgados, sosteniendo en sus manos un atado de diarios viejos. En sus ojos había mucha tristeza, pensó Julián.

Sin embargo, llevaba un vestido que la hacía hermosa, inalcanzable. Por un momento, Julián pensó que iba a desmayarse. Nunca había visto a una niña así, con un color de ojos azul tan intenso. ¡Era tan elegante!

—Ho-hola —tartamudeó.

—¿Cómo te llamas?

—Ju-Julián.

—¿Te cuesta hablar sin tartamudear?

—N-no.

Úrsula rio. Y le indicó a su nuevo amigo con un breve gesto de manos que la siguiera.

Caminaron hacia otra habitación, pasando frente a enormes puertas de madera. «¿Acaso esta casa no tiene fin?», se preguntó Julián. «¿Cuántos recovecos hay?»

Una gran alfombra, con un dibujo colorido que representaba una escena de lo que parecía ser una mujer enferma, llamó la atención del niño.

—¿Y esto?

—Ah, eso —dijo Úrsula dejando los diarios en una mesa que estaba bajo la ventana—. Eso es una ilustración que mandó a hacer Roma, mi hermana.

—¿Y qué ilustra?

—“El almohadón de plumas”, de Horacio Quiroga. ¿Lo leíste? Es un gran relato.

—No, no lo leí. Pero sé que es una historia de miedo.

—Puede ser, a mí me parece que es una historia de amor —comentó Úrsula.

Julián no estaba de acuerdo. A pesar de que no había leído el cuento, sabía que el tema no tenía nada que ver con el amor. Se trataba de un bicho que, escondido en un almohadón, le chupaba la sangre a una pobre mujer, poco a poco, matándola lentamente. Así de simple, así de tenebroso.

A Julián no le gustaban las historias de terror.

«¿A quién se le ocurre mandar a hacer una alfombra con una escena tan espantosa? Estas chicas son medio raras», pensó.

—Ahora te voy a enseñar a hacer cosas con los diarios.

—¿Qué cosas? —preguntó él.

—Cosas.

—¿Por qué no jugamos a las cartas o algo?

—No.

Julián no entendía por qué la niña no se explicaba bien. ¿Acaso no podía explicar de qué se tra-

taba todo aquello de hacer cosas con papel de diario? Tampoco se puede ser muy original.

El niño no pudo estar más equivocado. Pronto sabría unas cuantas cosas que lo llevarían a pensar mejor acerca de sus prejuicios.

—El dueño de esta casa era mi abuelo. Era el director de un periódico que se ocupaba de los casos policiales.

—¿Casos policiales? —se interesó Julián.

—Sí, asesinatos, robos, crímenes en general —explicó Úrsula, extendiendo una hoja de periódico sobre la mesita.

El niño suspiró.

—Muy interesante —mintió.

—Crónica roja, así se le llama. ¿Sabías eso, no?

—Seguro —mintió de nuevo.

La niña fue hasta la puerta y la cerró. Luego corrió las cortinas, la habitación quedó en penumbras por un instante, hasta que ella encendió una lámpara de pie.

Julián se inquietó al ver la extraña actitud de la niña.

—No te pongas nervioso, tonto. Me gusta más la luz artificial. Así podremos ver mejor estas hojas, que son muy especiales.

—¿Especiales?

—Claro, son del diario de mi abuelo. Las encontramos con mi hermana en un cuarto que tenía la puerta sellada, acá, en esta casa.

—¿Y tus padres no se enteraron?

—Mis padres nunca se enteran de nada. Siempre están trabajando o de viaje.

—¿Y la señora alta, la que me abrió la puerta?

—Ah, ella. Bueno, le dimos dinero extra.

—¿Cómo dinero extra?

—¿Vas a dejar de preguntar todo el tiempo?

—¿Por qué?

Úrsula se encogió de hombros y apretó los labios. Parecía un poco molesta. Pero miró con ternura al preguntón.

Julián contuvo la respiración. Y, por primera vez, quizás, miró atentamente a la niña. Sus pecas brillaban con la luz que llegaba desde un rincón. Le pareció que tenía la belleza de un ángel. No sabía bien si tenía miedo o estaba muerto de amor.

—Un día quizás te muestre ese lugar —dijo, misteriosa.

Julián lo pensó bien, no quería salir con una nueva pregunta.

—Bueno —dijo.

Úrsula, sin más, tomó las hojas que estaban sobre la mesita de madera y las extendió, ahora sobre el suelo.

El niño las ojeó. Eran noticias horrosas.

—Hay que tener mucho cuidado con esas hojas. No se pueden romper —anunció ella.

Julián no pensaba tocarlas. Con solo leerlas ya le daba dolor de panza.

—Son tan especiales... debemos cuidarlas.

—Ya lo creo. Aunque no entiendo mucho —dijo Julián.

—Ya vas a entender. Así como las ves, son mágicas.

—¿Ah, sí? —preguntó él, restándole importancia.

Úrsula tomó otra hoja y la colocó sobre la primera.

—¿No me creés nada, verdad?

—No mucho. Es que no entiendo.

—Sos el típico inteligente que se las sabe todas, seguramente.

El tono de voz de Úrsula había cambiado. Había una aspereza que incomodó al visitante. Parecía un tema delicado. Mejor era tomarse las cosas en serio. Aunque ya pensaba en la forma de salir de allí y volver a la tranquilidad de su casa, con su madre y sus aburridos libros de la escuela.

—Bien, todo listo —comenzó Úrsula—. Ah, nos falta algo importante. ¿Sabés hacer barcos de papel?

—Creo que sí, me enseñó mi madre, pero no me acuerdo bien —confesó Julián.

—No te preocupes, yo te ayudo. Es importante que quede bien, así el truco sale perfecto.

—¿Truco?

—¿Otra vez con las preguntas? Me aburrís.

En ese momento, alguien golpeó la puerta. Fue un golpe seco, rudo. La tensa calma que reinaba en la casa se fracturó como una rama seca en un bosque solitario.

Julián se sobresaltó nuevamente. Estaba sentado en el suelo y se paró de golpe, como si una avispa lo hubiese atacado en el trasero.

—Tranquilo, debe de ser Roma, mi hermana. Tarde o temprano se iba a enterar. Estaba leyendo por ahí. La empleada, esa metida, seguramente le dijo que había visita. ¡No me dejan en paz!

«¿A enterar de qué?», pensó Julián. Ya estaba seguro de que iba siendo hora de despedirse. Aunque fuera grosero, no le gustaba nada cómo habían empezado las cosas.

—¡Podés entrar! —gritó Úrsula con bronca.

Entonces entró Roma. Y Julián no dio crédito a lo que vio. Era una especie de muñeca alta, con el pelo hasta la cintura y ojos claros. Pero en su rostro había algo distinto, no era tristeza, no era miedo. Era maldad.

—¿Qué estás haciendo, Úrsula? —preguntó Roma.

—Nada, nada... —respondió sin mirar a su hermana.

El aire se podía cortar como una materia densa y transparente. La tensión entre las dos niñas era insostenible. Una vez juntas en el cuarto, sus miradas apenas se cruzaban, pero podía apreciarse una energía tan potente que hacía que la piel de los brazos de Julián se erizase.

—¿Así que le vas a mostrar los papeles del abuelo? —inquirió Roma con los brazos en jarra.

Ni siquiera miraba al niño que estaba parado en la mitad de la habitación.

—¿A vos qué te importa? Si te vas a quedar, tenés que estar callada —dijo Úrsula.

Roma se acomodó su frondoso pelo dorado y se sentó en un pequeño sillón, que estaba en una esquina oscura de la habitación.

A pesar de que casi no se veía, su presencia era como una fragancia salvaje, que pronosticaba algo terrible, algo que podía pasar en cualquier momento.

—Bueno, pueden continuar, no se queden ahí sin hacer nada —soltó la hermana mayor, casi con desprecio—. Parecen dos bobos.

Úrsula, visiblemente afectada, resopló.

—Está bien. Bueno, ahora, como te decía, vamos a hacer un barco de papel. Eso no tiene nada de extraño, ¿verdad?

—No, para nada —dijo Julián.

—La cuestión es que con este diario las cosas son especiales. Muy especiales. Tanto que ni te imaginás.

—No me imagino por qué un papel de diario puede ser especial.

—Ya vas a ver. Aunque, en realidad, esto que vamos a hacer, finalmente, depende de lo especial que seas vos.

Julián ya estaba definitivamente molesto. Decidió callarse y jugar el juego que le proponía la niña. De todas formas, no tenía nada que hacer en su casa. ¿Qué podía salir mal?

—No creo que yo sea muy especial —reconoció él.

—Eso ya lo veremos.

Julián miró a la hermana mayor, que jugaba con su pelo como si fueran largas cuerdas amarillas.

—Muy bien, primero vamos a hacer un barco —dijo Úrsula retirando unas tijeras y pegamento de un cajón que estaba debajo de la mesa.

Julián se acercó y la dejó hacer. Le pasó la tijera, dobló las puntas del barco. Trató de ayudar. Casi sin notararlo, se estaba divirtiendo.

La oscuridad ganaba cada rincón. La tarde de invierno se extendía como un velo negro, que lo enfriaba todo, lentamente. Allí adentro encendieron la calefacción de la casa. Y un calor húmedo, vaporoso llegó a las mejillas de Julián, que miraba el barco terminado sobre la mesita de madera.

—¿Y qué tal? —preguntó Úrsula.

—Lindo —dijo Julián.

—¿Lindo?, ja. Acercate. Miralo bien.

El niño no preguntó más e hizo lo que le decía su nueva amiga. Le iba a dar el gusto, le iba a seguir la corriente.

Se acercó e hizo foco con los ojos. Miró bien el barquito allí, inmóvil.

—No tiene nada —dijo.

—Lee lo que dice en las paredes del barco —explicó Úrsula.

—¡Ejem! —tosió Roma, desde su esquina.

Cuando Julián se arrimó a la mesa para mirar mejor, no lo pudo creer. Él había visto que las noticias que estaban impresas en el papel eran sobre crímenes y cosas así. Pero lo que leyó, lo dejó helado.

Allí, en las líneas que aparecían frente a sus ojos, se hablaba de una noticia sanguinaria. Pero, claro, no había nada extraño en eso, como ya dijimos: él ya había visto de qué iba el diario del abuelo de las niñas.

Pero en letras rojas, como un titular que se extendía a lo largo del barquito de papel, había una noticia:

«Horrendo crimen en un barco anclado en el puerto. Se ha hecho un macabro hallazgo por parte de la Prefectura Naval. Los cuerpos encontrados estaban...».

Y no pudo seguir leyendo.

—¿Qué es esto? —quiso saber Julián.

—Ah, parece que ahora sí llamé tu atención, ¿eh?

—Dale, ¿cuál es el truco? ¿Eso ya estaba escrito antes? —dijo Julián.

Roma, casi sin mover un músculo, rio. Enseguida su hermana la miró. Hubo un breve silencio. Algo estaba pasando, algo que el visitante no podía entender. Más allá de la noticia que había leído, más allá de la casa enorme y tenebrosa, más allá de las hermanas.

—No, ya estaba escrito desde antes —se convenció Julián.

—Vos sabés que no es así —dijo Úrsula.

El niño sacudió la cabeza hacia los lados y se encogió de hombros. Miró varias veces el barco de papel y la noticia escrita en letras rojas. Incluso llegó a tocar el texto, manchándose los dedos de rojo.

—Va a terminar mal, vos lo sabés —dijo Roma, dirigiéndose a su hermana—. No me gusta nada. Ahora, ahora...

—¿Ahora qué? ¿No dijimos que tenías que estar callada, sin meterte? —comentó Úrsula.

—No me gusta nada esto, sabés que él...

—¿Que él qué? Decilo, decilo —insistió Úrsula, levantándose de su sitio.

Julián, a pesar de sentirse muy incómodo, optó por no intervenir. En realidad, no podía mover la mandíbula siquiera. Algo lo había petrificado desde que descubrió la noticia fantasmal escrita sobre las paredes del barco de papel. La imagen de aquellas dos niñas, tan bellas y con una energía poderosa le llamaba la atención, lo fascinaba de la misma manera en que nos puede fascinar una ola gigante y azul que se acerca a la costa con la potencia suficiente para arrasarlo todo.

—Me voy, no te aguanto más. Y no vayas a buscarte si tenés problemas con tus jueguitos —sentenció Roma—. Te tomás esto en broma y es muy serio.

—Hacé lo que quieras, histérica —respondió Úrsula.

Al salir, Roma dio un portazo que ponía fin a la discusión.

Julián miró a Úrsula, que no parecía muy afectada por el momento incómodo. Más bien, la vio con

ánimo renovado para seguir adelante con los diarios y sus noticias fantasmales. Pero había algo de malicia en su actitud, como si lo que estuviese por pasar, fuese lo que fuese, involucrara directamente al visitante, como si a la brevedad se fuera a descubrir algo que pasó demasiado tiempo escondido bajo la superficie de la tierra.

—Vamos a seguir —anunció la niña—. Elegí vos ahora. ¿Qué podemos hacer con el papel?

—Un avión —dijo sin más Julián.

Estaba intrigado, lo habían atrapado, claramente. No había vuelta atrás. Ansiaba saber más, sentía una especie de sed por descubrir que todo aquello era un fraude, un truco de mala calidad creado por un mago aficionado.

La tarde avanzaba y la oscuridad se extendía sobre todos los objetos, acompañada por el frío y su tacto helado. Los pájaros comenzaban a desaparecer y las ramas desnudas de los árboles del enorme patio interno de la casa se sacudían levemente, acariciadas por el viento gélido.

—Bueno —comenzó Úrsula—, ahora quiero que veas bien la hoja que voy a usar, para que no desconfíes y para que yo no tenga que seguir convencéndote toda la tarde acerca de lo especial que es el diario de mi abuelo.

—Mostrame esa hoja —pidió Julián.

La niña le acercó una página central doble. Allí se había impreso una noticia acerca de un incidente automovilístico y varias entrevistas a un jefe de Policía que hablaba de la seguridad en el tránsito y de lo mal que manejaba la gente. En el revés de la hoja se podían ver publicidades en blanco y negro, que ocupaban toda la extensión del periódico.

—¿Leíste todo?

—Sí.

Sin más, con los codos apoyados en la mesita, la niña comenzó a hacer un avión de papel. Más bien grande, bastante prolijo. Era buena en lo que hacía. Julián no intervino, prefirió admirar la destreza de Úrsula.

Unos minutos después, estaba pronto el avión.

«¿Qué estoy haciendo acá?», se preguntó el niño. En esta casa, con una niña extraña, mirándola hacer barcos y aviones de papel.

A veces lo que nos intriga, a pesar de que sospechamos consecuencias no del todo positivas, nos impulsa a seguir adelante. Los misterios tejen una telaraña invisible a nuestro alrededor. Y cuando pretendemos movernos, ya no lo podemos hacer. Estamos dentro, y la salida ya no resulta tan cómoda. Incluso, a veces, es algo imposible.

—Listo. Ya está —anunció la niña.

Julián no podía ver el producto final, ya que ella estaba de espaldas y el avión quedaba oculto tras el delgado cuerpo y el largo cabello de la dueña de casa, que lucía como una especie de telón delgado.

Entonces, sucedió de nuevo. El niño leyó. Abrió bien sus ojos. No lo podía creer. Lo impensado, lo increíble, había sucedido una vez más.

Extendida por todo el avión, una noticia en rojo anunciaba un desastre. Pero no cualquier episodio. Él, que había leído con atención lo que antes había sido impreso, fue testigo de un cambio.

En letras rojas, una nueva noticia, allí creada, mágicamente, tal como había anunciado la niña:

«Ayer, en plena pista del aeropuerto, un piloto, presa del pánico repentino y tras sufrir un extraño

ataque, enloqueció poco antes de despegar, haciendo que los pasajeros del avión...».

Y no leyó más. No pudo, no quiso.

Úrsula no ocultó su alegría al ver la mirada atónita del niño. Disfrutaba del reflejo del miedo, ahora bien claro, en los ojos del visitante.

—¿Qué es esto? —murmuró Julián.

—Ja, ¿interesante, verdad?

—Escalofriante —confesó el niño.

Había llegado el momento de las preguntas.

—Bueno, ¿y qué pensás ahora? —dijo ella.

—Muchas cosas. Lo que quiero saber primero es cómo funciona lo de las noticias en rojo. Y después, por qué hacés esto conmigo. ¿Por qué me lo mostrás a mí?

Ahora sí, Úrsula estaba emocionada, realmente en su salsa, con ganas de ser quien dominaba la situación. Era ella quien tenía cada una de las respuestas que podían surgir en cualquier momento. Sin embargo, había una cuestión que ni ella imaginaba. O, al menos, no podía saber.

Pero era cuestión de tiempo.

—Vayamos por partes —dijo Úrsula—. Para la primera pregunta tengo una respuesta complicada, es decir, complicada de entender. Los diarios los encontramos en un cuarto que estaba clausurado, como ya te conté. Pero no fue nuestro único descubrimiento. También había por allí una vieja carta de mi abuela donde se despedía de mi abuelo, lo abandonaba en esas líneas.

—Uh, qué terrible eso.

—Cierto, y su partida tenía que ver con los periódicos acumulados por mi abuelo. Y también con el tipo de noticias que publicaba allí.

—¿No le gustaban a tu abuela?

—Así es, en su carta hablaba de que se había hartado de tanta noticia siniestra y negativa. Que todo eso había vuelto a mi abuelo una persona oscura y triste, casi siempre pesimista, desconfiada. No lo soportó y se fue.

—¿Y tenían hijos tus abuelos? —preguntó Julián.

—Solo mi padre. Que luego, creo que un poco por solidaridad hacia mi abuelo, trabajó varios años en el periódico.

—Se entiende eso —reconoció el niño—. Nadie quiere hablar todo el día de asesinatos y robos a mano armada. Demasiada violencia, supongo.

Úrsula asintió.

—Yo creo que es un poco más complicado. Me parece que mi abuela descubrió algo inquietante, tal como lo estás haciendo vos ahora.

—¿Yo?

—Claro... —comenzó la niña.

Pero fue interrumpida por unos gritos que llegaban desde una habitación lejana. Luego, ollas que caen al suelo y más gritos.

Roma discutía con alguien en la cocina, evidentemente.

—Se están peleando mi hermana y la empleada. No se llevan bien. Bueno, son un par de inútiles, se la pasan discutiendo. Roma está celosa de que yo te haya traído acá.

Julián no podía entender cómo Úrsula era capaz de hablar así de la gente. Sin mostrar un mínimo de compasión. Sus palabras estaban plagadas de un desprecio mortal que la hacía fría, inalcanzable. Sus palabras

eran como dagas que se clavaban en una madera lisa que iba quedando marcada para siempre.

—Creo que me voy —soltó el niño.

—Está bien. No voy a obligarte a nada que no quieras hacer. En serio. Te podés ir cuando quieras. Pero por último dejame que te muestre la máscara. Es increíble lo que sucede con ella.

Otra vez las dagas estampadas en la mente.

La niña tenía la extraña capacidad de embrujar a Julián con sus frases heladas, con su mirada de ojos azules llenos de tristeza. Algo parecido al hipnotismo y a la magia negra, si es que existe tal cosa.

—¿La máscara?

—Te muestro —dijo ella y se puso a trabajar sin más, de espaldas, como siempre.

El visitante caminó por la pieza, cerca de la puerta, como deseando que todo pasara rápidamente. Y, mientras tanto, se preguntó por enésima vez por qué no se iba de aquella casa tenebrosa. ¿Por qué le seguía la corriente de esa forma a una niña que parecía mala?

¿Porque era muy bonita?

El niño prefirió no contestarse esas preguntas. Y ese fue su gran error.

La máscara estuvo lista. Aunque era más bien una especie de casco o gorro que cubría la cabeza casi por completo. Estaba hecha con papel de diario, claro. Se veían claramente los orificios en los que iban los ojos y la nariz.

—Es muy fea—se burló Julián.

—Bueno, no vas a concursar en un certamen de belleza con ella. Pero es muy útil.

—No me imagino para qué. Para asustar, puede ser.

—Algo de eso hay —señaló Úrsula.

En eso, entró Roma a la habitación. Había estado llorando, evidentemente. Tenía el pelo revuelto. La seguía la mujer alta que había recibido a Julián.

—¡Niña, niña, cálmese! —repetía la mujer casi gritando.

—Roma, andate. No seas pesada, tranquilízate un poco, ¿quierés? —dijo Úrsula, sosteniendo la máscara de papel a la altura de su vientre.

—¡La máscara no! —exclamó la hermana mayor.

Mientras tanto, Julián lo había decidido. «Me voy», se dijo y enfiló hacia la salida con toda la velocidad que era capaz de alcanzar. Pero tenía que esquivar a Roma y a la mujer. Al acercarse, la hermana de Úrsula le susurró sin dejarlo pasar.

—Mi hermana está loca y vos lo sabés. Pero te gusta mucho ella, ¿verdad? ¿Es muy linda, no? Te vas a arrepentir de eso.

El niño se petrificó.

—¡Roma! ¡Dejalo en paz! —gritó Úrsula y salió corriendo hacia la puerta.

Antes de salir, le dijo a Julián:

—Solo te pido que me esperes un segundo para mostrarte lo que hace la máscara, por favor.

Julián estaba seguro de que ella le parecía la niña más hermosa del mundo.

Úrsula se llevó a su hermana fuera de la habitación, cerró la puerta y comenzó a gritarle disparates. Fueron gritos y reproches que no parecían de una niña.

Se escuchó claramente que alguien decía —el visitante no pudo identificar quién—: «esto va a terminar mal».

En eso, Julián vio la máscara sobre la mesa. Caminó hacia ella como siguiendo un llamado que no supo controlar. La curiosidad estaba en su interior y era algo tan normal como la respiración.

La curiosidad fue la culpable, también, de que se llevara la máscara a la cabeza y se la colocara, como un antiguo casco lleno de poder.

¿Quién podía culparlo por eso?

Y, lo que tenía que pasar, pasó.

Primero fue la oscuridad, a pesar de los orificios en los ojos, no veía nada. Luego llegaron luces fuertes. Después, un velo azul le llenó los ojos. A partir de allí, llegaron imágenes que enseguida reconoció.

Veía una casa. Era la mansión donde vivían las misteriosas hermanas, con sus estatuas, con sus cuadros demenciales.

Y vio a un niño. Como si una cámara acompañara todo desde un ángulo muy cómodo. Era un espectador.

Y el niño entraba a un cuarto. Allí estaba ellas, hermosas. Y malvadas. Podía saber todo lo que pensaba el niño, pero no veía su rostro, apenas su cuerpo caminando lento y seguro.

Y cerraba la puerta. Y las hermanas lo vieron. Y se acurrucaron en una misma cama. Sentían miedo. Pero, ¿qué iba a pasar?

Pronto lo sabrían. Incluso él, que estaba dentro de la máscara, presenciándolo todo.

El niño caminó hacia las hermanas. Llevaba algo en las manos, ahora se podía ver bien.

—Van a sufrir —les dijo.

Las niñas gritaron de horror.

—No pueden escapar, nadie va a escucharlas —amenazó.

Entonces el niño giró para cerrar las cortinas. Y Julián supo de qué se trataba todo.

El niño era él. Él estaba por hacerles daño a las hermanas, y lo estaba viendo todo como en una película.

Intentó sacarse la máscara y no pudo. Estaba petrificado del susto. Cerró los ojos. No tenía sentido, lo que sucedía estaba dentro de su cabeza. Julián gritó y vio cómo el niño se lanzaba violentamente sobre las hermanas. Se escucharon gritos y Julián lo intentó de nuevo. Antes de romper el papel que le rodeaba la cabeza, todo fue rojo.

Y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, Roma y Úrsula lo miraban. Sobre el suelo se veían los trozos de la máscara.

—¿No pudiste esperar, eh? —dijo Úrsula.

Julián vio a las hermanas y enseguida recordó lo que le había mostrado la máscara.

—¿En esta casa pasó algo horrible? —preguntó. Quería saber si había una relación entre los hechos que había visto y aquellas noticias horribles que aparecieron en el barco y el avión.

—Han pasado cosas, sí —dijo Roma—. Como en todas las casas de familia.

—¿Asesinatos? ¿Muertes?

—No —dijo Roma.

—¿Eso es lo que viste? —preguntó Úrsula.

Julián dijo la verdad.

—Sí. Vi que yo las lastimaba.

—¡Te dije! —estalló Roma— ¡Te dije mil veces que no lo dejaras entrar!



—Callate, fue lo mejor que pudimos hacer —dijo Úrsula.

El niño no entendía lo que decían, o no quería hacerlo.

—Pero yo no hice nada, no lo hice.

—No, claro que no. Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? —preguntó él.

Roma trajo el barco y el avión y se los dio a Julián. Este se sentó en el suelo y miró bien las noticias una vez más.

—Fíjate bien en la fecha —dijo Roma.

Julián leyó atentamente.

Todas estaban fechadas en el futuro, faltaba mucho para que esos episodios sucedieran. Nada de eso había sucedido aún.

—Entonces, entonces —murmuró él.

—Son cosas que van a pasar —dijo Roma.

—¿Por qué te pensás que mi abuelo tuvo tanto éxito con su diario? Siempre llegaba antes a las noticias.

—No, no —balbuceó el niño y se largó a llorar—. Es imposible. Yo nunca haría algo así... es imposible.

—Parece que no —señaló Úrsula.

Julián, sin poder impedir que las lágrimas le inundaran los ojos, se puso de pie.

La mujer que lo había recibido, ahora le abría la puerta.

—No queremos que vuelvas. Y vas a hacer todo lo posible por irte de este barrio —dijo Úrsula.

—¿Cómo?

—Ya encontrarás la forma. Nosotras vamos a estar atentas. No lo dudes.

—¡Nos vamos nosotras! —estalló Roma—. Eso. Nos vamos. Es muy riesgoso.

El niño caminó hacia la salida, todavía sollozando.

Le abrieron el portón. Tenía frío. Pronto comenzaría a llover.

Cuando pisó la vereda, pensó, por un momento, en mirar atrás.

No hacía falta. En poco tiempo, mucho antes de lo que imaginaba, volvería a esa casa. Y no precisamente para jugar.